Globethics Repository



La presencia de Cristo en la eucaristía [The presence of Christ in the Eucharist]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see https://www.globethics.net. Data and content policy of Globethics Repository see https://repository.globethics.net/pages/policy.

Item Type	Article
Authors	Goitia, Javier
Publisher	Asociacion Iglesia Viva
Rights	With permission of the license/copyright holder
Download date	2026-11-08 21:03:57
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/224303

LA PRESENCIA DE CRISTO EN LA EUCARISTIA

Javier Goitia

E. SCHILLEBEECKX, O. P., «La Presencia de Cristo en la Eucaristía». *Traducción por Constantino Ruiz-Garrido. Ediciones FAX, Madrid 1968.*

ENTRE los temas que la Teología de nuestros días —como una consecuencia ineludible de la mayor libertad que el Concilio Vaticano II ha hecho nacer en la Iglesia Católica— con mayor interés trata, figura el tema de la llamada Presencia Real Eucarística (1). Sólo es comparable este interés al que temas de vida y muerte —cuales son el de la Hermenéutica bíblica, y, dentro de ésta, el de la Resurrección del Señor como hecho real o mera interpretación teológica— que se plantean en países con tradición protestante radical, provocan en la Teología católica de dichos países.

Es este interés por el tema eucarístico el que explica que la Jerarquía eclesiástica se haya preocupado tan frecuentemente en los últimos tiempos de sus diversas manifestaciones. Junto a la Constitución de Sagrada Liturgia del Concilio Vaticano II nos encontramos con la Encíclica «Mysterium fidei» de Pablo VI; y junto a las normas del Episcopado alemán dirigidas a los encargados de la Enseñanza religiosa, normas que tratan extensamente el tema eucarístico, hallamos la Pastoral Colectiva del Episcopado holandés sobre la Eucaristía del 9 de Mayo de 1965. Estos, por no citar más que algunos ejemplos, son índice del interés que el tema eucarístico despierta, y de

(1) Véase a este propósito en esta misma Revista el artículo de Domiciano Fernández: «*Presencia Eucarística. Problemas y Controversias de actualidad*», en IGLESIA VIVA, 6 (1966), pp. 71-36.

las dificultades que, junto a grandes ventajas, pueden seguirse de la renovación de pensamiento que dicho interés ha traído consigo.

El tema de la Presencia Real Eucarística constituye, dentro de sus limitaciones, un objeto peculiar de interés dentro de las Iglesias de la Reforma. Baste —por no citar más que un ejemplo, bien que substancial— recordar las Conversaciones entre Luteranos y Reformados alemanes, que, comenzadas en la postguerra con la finalidad de llegar a una Intercomunión de ambas Iglesias, dieron origen a las tan discutidas «Tesis de Arnoldshain» de Noviembre de 1957.

En este ambiente teológico en torno a la Presencia Real Eucarística aparece, escrita por uno de los teólogos más maduros de nuestros días, el dominico belga, profesor de la Universidad de Nimega, P. Edward Schillebeeckx, una obra sobre la Presencia Real Eucarística que hoy queremos comentar.

Ya antes, con motivo de malentendidos que en determinados círculos tradicionales habían provocado nuevas expresiones empleadas por algunos teólogos, holandeses principalmente, se creyó el mismo autor en la necesidad de defenderles en una conferencia tenida el año 1965 en Roma y que provocó sensación en los medios teológicos (2). En la obra a que hoy nos referimos desarrolla más extensamente las ideas que fundamentalmente había ya expuesto en la conferencia citada.

Fines de la obra

Al escribir esta obra se ha dejado llevar su autor fundamentalmente de un interés: el de afirmar la fe en el Misterio Eucarístico en formas de expresión más adecuadas al pensamiento de nuestros días. Con este acercamiento a formas de pensamiento moderno esperaba lograr dos fines de tanta importancia en la situación actual de la Iglesia. Era el primero el de ofrecer una respuesta a la creciente insatisfacción que en los medios más abiertos de la Teología Católica se sentía hacia formas de expresión en que la fe en la Eucaristía quedaba tradicionalmente afirmada (pp. 107 ss.). A estos medios teológicos que juzgaban irremediablemente superadas las estructuras cosmológicas en que el Dogma Eucarístico había quedado concebido, era menester ofrecer una alternativa que les fuera aceptable. Otro fin, no menos importante en nuestra época de Ecumenismo, era el de posibilitar un diálogo con las Iglesias de la Reforma, a partir asimismo de una exposición de la doctrina Católica que, siendo fiel a ésta, se viera liberada del lastre de determinadas concepciones (piénsese, por ejemplo, en la polémica en torno a la Transubstanciación) consideradas inaceptables por la Teología Protestante tradicional (pp. 123 ss.).

A estos dos fines expresos pudiéramos acaso añadir otros implícitamente tenidos en cuenta y que consideraremos más adelante cuando hayamos de ofrecer un juicio sobre la obra.

Un resumen de la obra

E. Schillebeeckx toma como punto de partida de su estudio de la Presencia Real algo cuyo olvido constituye para más de un teólogo moderno una permanente tentación.

(2) Schillebeeckx, Edward: «*Transubstanciación, Transfinalización, Transignificación*», en Sal Terrae, 54 (1966), pp. 9-24.

Nos referimos al hecho de que en problemas de fe no nos es posible conducirnos cual si partiéramos de cero, sino que pensamos dentro de una comunidad de fe que ha ido viviendo a lo largo de siglos esta fe y que ha reflexionado sobre la misma:

«El estudio hermenéutico... no equivale a un pensamiento crítico «solipsista», como si nosotros tuviéramos que investigarlo todo desde un principio, sin vinculación alguna con el pasado y sin tener en cuenta a los que nos rodean» (p. 193).

De ahí que dedique nuestro autor el primer capítulo de su obra (3) al estudio de la Doctrina Eucarística cual ha quedado definida en el Concilio de Trento.

Tras un estudio histórico y teológico, sumamente denso, y que no nos es posible ni siquiera resumir, llega el autor a la siguiente conclusión. El Dogma Tridentino nos ofrece los tres siguientes planos:

1. En el centro del Dogma se halla la afirmación de la Presencia Real del Cuerpo y Sangre bajo las especies sacramentales.

2. Ahora bien, semejante Presencia es concebida por el Concilio como la consecuencia de una mutación

3. Mutación que es acertadamente llamada Transubstanciación. A estos tres planos habrá que considerarlos como el plano de la fe, el plano ontológico y el plano de la filosofía de la naturaleza.

Las dificultades que se ofrecen a un pensamiento histórico para la aceptación del Dogma Tridentino, y que pudieran expresarse en la distinción entre Contenido y Formas de Representación de la Fe, se concentran preferentemente en los dos últimos planos.

La intención definitoria del Concilio de Trento

No cabe duda de que el Concilio de Trento ha usado en los diversos temas que ha tratado, de la terminología corriente en la Teología de la época, y que había sido adoptada por la Escolástica. Admitido, no obstante, este hecho, la mayor dificultad se presenta en torno a la intención que el Concilio podía tener en las definiciones que quedaban expresadas en dicha terminología. El problema tiene un interés extremo para nuestro tema, ya que un término central en la doctrina eucarística tridentina es el término aristotélico-escolástico de Substancia.

E. Schillebeeckx resume en dos posturas extremas (pp. 177 ss.), las diversas actitudes de los teólogos católicos en este problema. Frente a E. Guttwenger, según el cual habría quedado canonizada en el Concilio de Trento la Metafísica aristotélica, y a Ghyssens, en cuya opinión los Padres de dicho Concilio se habrían independizado conscientemente de dicha Metafísica, sigue nuestro autor un camino más matizado. Según él, los Padres tridentinos habrían pensado su fe en categorías aristotélicas, y no podrían haberlo hecho de otra manera como hijos que eran de una época concreta de pensamiento. No obstante, si el teólogo de nuestros días quiere pensar esa misma fe, habrá de hacerlo —precisamente para ser fiel a la Fe tridentina— en las categorías de la época que le ha correspondido vivir.

Supuestos los tres planos arriba indicados, cabe preguntarse sobre el valor de perennidad de los mismos. Schillebeeckx lo hace formulándose las siguientes preguntas:

(3) 1. La visión dogmática del Tridentino, pp. 23 ss.

«¿No podremos y deberemos mantener en pie el plano ontológico, aunque esa filosofía de la naturaleza no sea ya útil para nosotros?

El plano de la fe, ¿no implica también la dimensión ontológica?» (p. 70).

Su respuesta, y es esta la afirmación central de su obra, es que cuando el Concilio Tridentino habla de una «Mutación substancial», quiere hacer una afirmación ontológica, no algo que caiga bajo lo que en nuestros días se llama el «aspecto de revestimiento» del Dogma (p. 83).

Principio fundamental de esta interpretación lo constituye el hecho de que la realidad no es hechura del hombre (p. 155).

¿Qué es realidad?

Supuesta esa afirmación central de su obra, se plantea al autor el problema de la realidad (pp. 84 ss.). La interpretación de ésta la hará, no con las categorías propias de la Cosmología escolástica y de una Metafísica substancialista, sino con las de una Metafísica de tipo antropológico, personalista.

La realidad de las cosas, que tiene una existencia independiente del sujeto con ella relacionado, adquiere todo su significado únicamente en esta relación. Por ésta queda la realidad «humanizada», de suerte que la realidad «en sí», estática, se convierta en una realidad en relación. La realidad del mundo recibe de continuo estas nuevas existencias en relación, es decir, nuevos cambios de significado. Así, el pan que «en sí» es un conjunto de datos constatables al microscopio en un laboratorio, recibe un último sentido en su relación al hombre como alimento o como símbolo creador de comunidad o como expresión de amor a los demás seres humanos. En todos estos casos el pan se ha «transignificado».

La realidad eucarística

En los últimos años se dan factores de diversos tipos que obligan a buscar nuevos caminos en la interpretación teológica de la Eucaristía, y en concreto de la Presencia Real. El autor cita como tales factores, la superación de la Cosmología aristotélica por la Física moderna, el redescubrimiento del Simbolismo sacramental, el estudio de la auténtica intención del Concilio Tridentino y las exigencias que el Ecumenismo plantea. Un último factor de importancia extraordinaria lo constituye el redescubrimiento de que la «Presencia Real» en la Eucaristía no es la única Presencia «real», sino que ha de ser afirmada dentro de otras diversas realizaciones de la presencia de Jesús en nuestra Historia. A diferencia del pensamiento teológico de tiempos pasados que, al menos por lo que a la Teología Católica se refiere (no podría decirse lo mismo del Calvinismo), apenas había tenido en cuenta esta intuición tan esencial, tanto el Concilio Vaticano II como la Encíclica «Mysterium fidei» han hecho suyo este redescubrimiento.

E. Schillebeeckx estudia los diversos intentos, más o menos logrados, de reinterpretar el Dogma Eucarístico a la luz de las adquisiciones del pensamiento bíblico y filosófico de nuestros días (pp. 129 ss.) y a continuación presenta el propio intento de interpretación traspasando al plano del sacramento estas ideas que tan rápidamente nos hemos visto obligados a esbozar en el párrafo anterior (pp. 147 ss.).

La realidad, que es toda ella revelación y don de Dios —algo que, por consiguiente, se le ofrece al hombre— es recibida e interpretada por el hombre, de suerte que recibe en ésta su último sentido revelatorio.

El pan y el vino, productos de la cultura humana para beneficio del hombre, pueden adquirir —sin que cambie su contenido físico o biológico— un ulterior significado, creación también del hombre, y llegar en este sentido a ser algo esencialmente distinto, es decir a «transignificarse».

(La confusión entre el contenido físico y el de significado ha enturbiado, dirá el P. Schillebeeckx, todas las cuestiones en torno a la Eucaristía.

En efecto, a la Mutación eucarística no es posible considerarla de una manera aislada, independiente del ámbito de la donación de sentido por el signo sacramental).

Ahora bien, el pan y el vino —que, ya con anterioridad a su uso en la Eucaristía, habían ido recibiendo diversos significados dentro de la convivencia humana y de la realidad religiosa (vg. en la Pascua veterotestamentaria)— reciben un nuevo significado, no por parte de los hombres, sino por parte del Señor, en las palabras del Señor que vive en la Iglesia (p. 129).

En la forma del pan y del vino que se entregan a los fieles se manifiesta sacramentalmente (o reciben aquéllos un nuevo significado) la autoentrega de Jesús al Padre y a los hombres en la Iglesia (en la que Jesús se halla ya realmente presente).

¿Transubstanciación o Transignificación?

Todos sabemos que gran parte de las dificultades en torno a determinados intentos de interpretación de la Eucaristía han quedado concentradas en la aparente oposición entre estas dos expresiones: Transubstanciación y Transignificación.

Como en otro lugar (4) ha afirmado el P. Schillebeeckx con palabras de Santo Tomás, no puede hacerse problema de las expresiones cuando se coincide en el contenido. De ahí que se haga nuestro autor la siguiente pregunta:

«¿Coincide la Transignificación con la Trasubstanciación o es su consecuencia o implicación?» (p. 179).

Para responder a esta pregunta es preciso tener en cuenta la estructura universal del conocimiento humano. En éste, la realidad conocida queda subjetivizada de manera que no existe con independencia del sujeto cognoscente. Así, la realidad, aun no siendo hechura del hombre, recibe, no obstante, su último sello del sentido que para el hombre ofrece. Teniendo esto en cuenta, puede decirse que, aun sin coincidir plenamente, se hallan indisolublemente relacionadas Transubstanciación (cambio de la realidad que se nos ofrece) y Transignificación (nuevo sentido que en la fe y por las palabras de Jesús ha adquirido). Esta presupone a aquélla con una prioridad metafísica.

Juicio sobre la obra

Aun cuando haya tratado el P. Schillebeeckx en esta obra un tema de tanta importancia como el de la Presencia Real, no tiene dificultad en afirmar que su estudio se ve necesariamente limitado por tratar únicamente ese aspecto de la realidad total eucarística.

(4) «*Transubstanciación, Transfinalización, Transignificación*», l. c. p. 24.

A nuestro entender es mayor la importancia de la obra por su valor sintomático. El intento del P. Schillebeeckx en este tema concreto y limitado es algo que la Teología ha de hacer con los Dogmas en que la fe cristiana queda objetivizada. Las palabras que el autor escribe al comienzo de su obra son tajantes y habrían de hacer pensar a quienes continúan haciendo juegos malabares con teologías anquilosadas:

«No podré apreciar justamente la significación dogmática del Concilio de Trento... si actúo como si la historia se hubiese detenido desde el Tridentino. En ese caso, la fe no sería una fe viva; más aún, no sería fe en absoluto, porque —por la naturaleza misma de las cosas— la fe es también un acontecimiento existencial» (pp. 19-20).

Lo que en el problema de la Presencia Eucarística puede aparecer como algo acuciante debido al cambio en la interpretación de las estructuras cosmológicas del mundo, es en realidad parte de un problema más amplio que, con mayor o menor urgencia, se plantea en torno a toda la verdad revelada. Precisamente por fidelidad hacia la Revelación divina es preciso ese proceso de reinterpretación de dicha Revelación en formas de representación adaptadas al pensamiento de la época en que esa Revelación en Cristo ha de ser anunciada de suerte que siga teniendo un sentido para el hombre de esa época. Labor ésta ardua y peligrosa ciertamente, pero no más peligrosa que la de sestear en un inmovilismo teológico, mal definido como seguridad de doctrina.

Cualidades de la obra

A propósito de una obra que trata de ser ejemplo de otros intentos más extensos de la Teología, queremos destacar diversas cualidades del autor de la misma.

En primer lugar, la conciencia de limitación de que da pruebas. Parece que tal ha de ser la primera condición de un teólogo, y Schillebeeckx no tiene dificultad en afirmar dicha limitación.

Frente a Teologías que podían tener la pretensión de haberse hecho, por medio de divisiones y subdivisiones, con toda la verdad transcendente de la Revelación, el autor reconoce su limitación. Limitación, en cuanto que, como en un principio hemos dicho, su pensamiento de teólogo ha de crecer en comunión con el pensamiento de otros que han vivido y siguen viviendo esa fe. Pero también porque —al ser tan rica, y haber de hallarse matizada su interpretación por las situaciones concretas— la teología de la Eucaristía ha de mostrar cierta multiformidad. De ahí que, incluso en punto tan concreto como el de la Presencia Real, concluya toda su especulación con estas palabras tan opuestas a toda autosuficiencia de pensamiento:

«He luchado con la interpretación de este Mysterium fidei» (p. 186).

El autor ha luchado con la ayuda de unas categorías de pensamiento que él juzga más adaptadas al pensamiento actual. Creemos, no obstante, haber de poner en duda la realidad de esta adaptación, al menos si ha pretendido el autor llegar a un público relativamente extenso. Como bien ha observado el profesor de Dogma de la Universidad de Munich, Leo Scheffczyk, la lectura de esta obra dista mucho de hacerse fácil incluso al teólogo de oficio.

Como contrapeso a esta limitación, y como lugar en que toda reflexión teológica ha de tener lugar, afirma el autor el hecho de la Iglesia, comunidad de creyentes que viven su fe y reflexionan sobre ella. Sólo la unión a esta fe viva impide que nuestra reflexión rompa con la verdad que la Encarnación ha hecho presente en la Iglesia y subsiste en ella por el Espíritu. Sólo ella hace posible que en cada época de pensa-

miento pensemos de nuevo la Revelación, entendiendo de nuevo lo que la Iglesia de siempre ha entendido:

«La creciente interpretación de fe del individuo creyente está expuesta a la desfiguración y a los malentendidos. Pero el creyente, creyendo dentro de la Iglesia de Cristo y siendo partícipe de la fe de esa Iglesia, se verá alimentado incesantemente por la realidad de salvación, y la tendrá siempre como norma y correctivo» (p. 195).

(Son interesantes a este propósito las palabras que, con motivo de un caso doloroso que conmueve a la opinión pública alemana, el caso del profesor Halbfas, ha escrito Karl Rahner uno de los que han intervenido en el intento de proceso al P. Schillebeeckx llevado últimamente en Roma:

«He defendido en Roma al teólogo holandés Schillebeeckx «a capa y espada» porque nadie puede oponer lo más mínimo a su sentido eclesial»). (5)

¿Será menester que añadamos —a estas dos cualidades que acabamos de citar, la de la conciencia de su limitación y la de su sentido eclesial— una tercera cualidad del pensamiento del P. Schillebeeckx, la prudencia pastoral de que da pruebas? No estaría de más que algunos teólogos, que por una cierta fobia irracional contra cuanto nace en determinados ambientes teológicos europeos han podido considerar al Padre Schillebeeckx como un ejemplar más de teólogo imprudente y «amigo de novedades», admirarán la prudencia teológica, el equilibrio de que hace gala nuestro autor. Como no estaría tampoco de más el que algunos autores y editores «dernier cri», más dados a asombrar a sus lectores que a conducirlos a la verdad, leyeran las páginas tan extraordinariamente sensatas que el autor ha escrito como prólogo de su libro, páginas en que habla de la «nueva situación ética» que para el pensador de nuestra época se presenta del hecho de una cierta democratización de adquisiciones, incluso en campos hasta ahora tan minoritarios y reservados como el de la Teología (pp. 15 ss.).

La traducción

Dentro de la dificultad que presenta la traducción al castellano de una obra escrita en lengua tan diferente como el holandés, se puede en general alabar al traductor de la misma.

Tropezamos, no obstante, con algunas traducciones deficientes a nuestro entender. Así creemos que la expresión «Para ellos el pensar y sentir» de la pág. 68 ha de ser reemplazada por «Para su pensar y sentir», y «La sola Fe» de la pág. 85 por «Sólo la Fe». ¿Quién entiende la fórmula «la Pneuma-Cristología» (p. 93? ¿No se trata, más bien de la Cristología del Pneuma, de tipo ascensional, contrapuesta a una Cristología del Logos? Las «imágenes» de la pág. 100, ¿no serán más bien «representaciones» (de orden intelectual), etc.?

Antes de terminar, no quisiéramos dejar de hacer la siguiente observación. ¿Por qué, cuando existe la traducción castellana de alguna obra, sigue ésta citada en su original, o lo que aún es peor, en la traducción a otra lengua extranjera? Tal sucede, por ejemplo, con la obra tan conocida del mismo P. Schilleneeckx citada en la nota 7 de la página 116, aparecida con el título de: «Cristo, Sacramento del encuentro con Dios», San Sebastián, 1964. Lo mismo sucede con el artículo del P. Rahner citado en la nota 11, pág. 118, o con la Pastoral del Episcopado holandés sobre la Eucaristía citada en la nota 48, pág. 154, y en otros casos.

(5) Cfr. «*Rahner gegen Halbfas*», en Rheinischer Merkur, 27. Dic. 1968, p. 21.